

CUENTOS DE FOGÓN

Durante los numerosos viajes de estudio y colecta de material para el Museo, además de miles de anécdotas típicas de los viajes largos, muchas mencionadas en los Cuadernos de campañas; ocurren hechos más curiosos, sorprendentes o atemorizantes, que merecen ser contados ante la magia de las llamas de un cálido fogón nocturno.



Introducción:

Para comprender el contexto en el cual se desarrollan estas historias, hay que tener en cuenta que transcurrieron hace unos cuantos años, cuando aún no existían ni los celulares, ni la tecnología digital actual. Muchas de los lugares que mencionamos o las circunstancias que contamos, obviamente hoy en día han cambiado.

1983-Parque Nacional Calilegua, Jujuy

-Barro y camino:

Durante un agosto, fuimos con Straneck al Parque Nacional Calilegua, Jujuy. Viajamos en avión y hasta cobramos viáticos (los siguientes años ya no había para avión y luego ni para viáticos). Allí estaba otro futuro amigazo, de esos que lo siguen siendo, aunque no nos veamos por años: Guillermo Lingua, el guardaparques del lugar.

Hacia poco, había tenido un serio accidente con el Land Rover nuevo de Parques, así que le prestaron una camioneta Jeep gladiator, que estaba en un patio, totalmente tapada con ceniza gruesa de caña, ya que en plena zafra eran nubes permanentes de eso. Subimos por el camino de cornisa, embarrado siempre en las curvas donde no da el Sol. Lingua nos contó y mostró adónde se le había roto la dirección del Land Rover nuevo, se había caído al precipicio y lo frenó un árbol!!!, sino lo estarían buscando todavía. Paramos en la casa de la Mesada de la Colmena. Lugar increíble, qué paisajes, qué rincones, todo espectacular. En este lugar estuve quince días y tuve experiencias muy fuertes.

Un día, tuvimos que bajar al pueblo a buscar cosas, y descubrimos que la chata casi no tenía nafta, así que con Guillermo al volante, bajamos los 25 km. con impulso y freno. El vértigo, sobre todo al pasar los precipicios fue terrible y pasada la aventura terminamos puteándonos por boludos. En otro momento Roberto llevó a Guillermo al pueblo y volviendo se le rompió el extremo de dirección, pero por suerte se desvió hacia la ladera y no al vacío; así que nos quedamos sin vehículo!.

Esos días comenzó a llover bastante, y todo era barro, aún los tramos soleados. Solamente pasaban muy cada tanto, un tractor y un camión 4x4 playo, que bajaba con troncos y gente, luego subía con gente y bultos. Otro que pasó un par de veces fue un “fitito” 600, con cuatro hombres encima, que calculamos alzarían el autito en cada curva barrosa, sino era imposible que pudieran andar.

Una mañana lluviosa se escuchó un ruido sordo y a la distancia apareció una ladera descubierta, había ocurrido un deslave o alud de barro, así que hasta no ir, no sabíamos si estaba cortado el camino o no, cosas de las Yungas.

-Un hombre lobo hambriento:

Ocurrió una noche, en que después de cenar y hablar de todo lo que no se conoce de estas yungas o selvas de montaña; de sus misterios, las amplias zonas no transitadas aún; de bichos peligrosos que hay, como el tigre u overo y la casi leyenda del Ucumari u Oso de anteojos, que todos insisten que está por ahí pero nadie lo vio...

Después de esta charla motivadora, nos fuimos a grabar y agarrar ranas. El clima era raro, en el camino donde había dado el sol hacía calor, pero al llegar a la quebradita con arroyo, estaba helado. Llevamos dos lanternas, Guillermo se quedó con una en el camino, mientras Roberto con otra y yo, empezamos a subir por el arroyo, rocoso y bastante empinado. En eso, yo me había adelantado unos cuantos metros de él y se le quema la lamparita!!!, oscuridad absoluta y de repente, al lado mío se escucha, el más espeluznante y aterrador alarido, tipo hombre lobo con hambre: Uaaaaagggg!!!!. Nos quedamos más que helados por unos segundos, empezamos a balbucear algo; ellos pensaron que me había pasado algo y luego de tranquilizarnos, Roberto alcanzó a grabar un nuevo grito, que se escuchó más lejano. El frío se nos hizo más frío y con el ánimo tiritando, ahí nomás volvimos, sin grabar, sin ranas y sin ganas de nada.

Al día siguiente le pasamos la grabación al baquiano, quien con una sonrisa de sorna, la reconoció como un grito del Zorro de monte; el recuerdo del cagazo por el grito repentino y al lado de mi oído, hasta el día de hoy me da cosa.

-Los ojos de la selva:

La mañana en que nos íbamos, estábamos con Roberto sentados en la mesada, desde donde hay una amplia visión, esperando a Guillermo que venía a buscarnos con un vehículo. En eso vimos que alguien venía por una curva del camino, que se divisa al frente a unos 400mts, con un palo, revisando la vegetación de la orilla. Empezamos a especular quién sería y a qué se dedicaba, ya que parecía un investigador o alguien buscando algo. Pasó un rato, porque serán un par de kilómetros que debía recorrer, cuando apareció el hombre, ante nuestro absoluto estupor, descubrimos que era un hombre, bastante grande ya...y ciego!!!. Con el palo iba tanteando el borde del precipicio para no caer!!!. Nos quedamos totalmente mudos de la impresión, hasta que siguió su camino y desapareció.

Luego Guillermo nos contó que el hombre va y viene de Valle Grande, unos veinticinco Km más arriba a Calilegua, otro tanto para abajo !!!! Y que una vez lo hizo llevando unas chapas al hombro y que en un momento salió del camino y siguió por una picada en plena selva!!!. Ante tanta magnitud humana nos sentimos la peor de las basuras, esperando el autito para que nos lleve hasta el avioncito...

1992-Baritú, Salta.

Entre el 15 y el 26 de noviembre hice una campaña con Bernabé López Lanús (un conocido ornitólogo, que desgraciadamente se tenía que ir a los dos días), Aldo Chiappe y su novia. Salimos el domingo 15 en micro y tras un viaje largo y tedioso, llegamos a Salta a la mañana siguiente. Fuimos a ver al Dr. Domingo Jakulica, a cuya finca queríamos llegar; él era un personaje muy agradable, un viejo de contextura joven y fuerte, medio poeta, amaba realmente la selva. Lo fuimos a ver para que nos autorice y encantado, nos llevó en la camioneta.

La finca, citada como El Arrazayal o Arasayal, está en el lugar geográfico conocido como el Segundo Angosto del río Pescado y es una zona muy interesante, porque limita con el Parque Nacional Baritú. Cuenta con ambientes muy diversos y con distintos grados de modificación antrópica.

Para llegar hay que pasar por el puesto fronterizo de Aguas Blancas, allí habló con los gendarmes y pasamos la barrera, ahí nomás antes del puesto de Bolivia, sale a la izquierda un camino de tierra que va hacia la finca (unos 30km), pasando por otras dos. El camino es ondulado y todo de tierra, con muchas curvas y varios vados, todo rodeado de vegetación exuberante.

-Lluvia y más lluvia:

Llegamos a la finca al atardecer; allí había una casa sencilla de madera, donde estaba el encargado Julio Sánchez, que la mayor parte del tiempo estaba sentado bajo un alero que mira al sur, con un fogoncito encendido, ya sea mateando o asando algo (a lo cual me sumé enseguida y allí hice la base de partida). Esta casa principal, estaba sobre una leve lomadita de unos 100m de ancho, desde donde se domina el entorno. El sector más próximo está desmontado, con manchones de selva degradada y en recuperación.

Nosotros nos alojamos a 150m de la casa y a 20m del arroyo norte, en una casilla o barraca más precaria, con techo de chapa, piso de cemento y donde se veía luz entre las maderas de los muros. Aldo y su pareja armaron una carpa adentro, mientras Bernabé y yo, pusimos solamente la bolsa de dormir.

Empieza a cubrirse el cielo y nos vamos a dormir temprano; al rato se largó una lluvia impresionante, no parecían gotas, más bien parecía un balde continuo, que se hacía cada vez más fuerte!. Llovió toda la noche y a partir de allí con breves intervalos, no dejó de llover más durante el resto de nuestra estadía. Asomé la nariz a media mañana, desayuné, arreglé las cosas, escribí y luego de almorzar polenta con salsa, paró de llover un rato y aumentó la temperatura; aprovechamos con Aldo para caminar porque cantaban miles de anfibios.

Luego siguió llovisnando toda la tarde y toda la noche. A la mañana nos despertó Julio, con la novedad de que teníamos que evacuar rápido porque escuchó que “se cayó el cerro arriba”, por lo que era posible una crecida del arroyo con alud y todo. Rajamos llevando todo a la casa, donde gentilmente nos alojó. Siguió garuando y la temperatura bajó a 18°C. A eso de las 17hs. se escucharon unos truenos sordos, que indicaban otra avalancha o deslave lejano, hacia el norte, luego empezó a tronar y seguía una brisa fresca del sur; había 20°C. Hacia el atardecer bajó un poco y comenzó a formarse niebla en los cerros próximos; las nubes subían y bajaban continuamente, pero los segundos cerros seguían sin verse.

-Agua y oscuridad absoluta:

A la noche salía a recorrer charcos, en donde había bastante actividad de anfibios. No sabemos qué pasó, pero las lamparitas de las linternas se quemaban enseguida (fueron 7 en pocos días!!!) . La última vez que pasó, Julio nos prestó dos lamparitas más. Cambio la de mi linterna y salgo nuevamente, yendo a una interesante laguna rodeada de plantas, distante a unos 500 metros.

Me meto lentamente en el agua, hasta donde había ranitas cantando y cuando estoy en el medio, con el agua hasta los muslos, oscuridad total, se quema la lamparita de nuevo!. La neblina era entrecortada solamente por luciérnagas esporádicas. Esperé un rato para acostumbrar la vista, cosa que no ocurrió porque la neblina era absoluta y comencé a salir lentamente, adivinando y tanteando todo con cuidado. Al salir trabajosamente al claro, tardé bastante en orientarme, era absolutamente todo negro, no había luces ciudadinas cercanas que iluminen las nubes, ni luna ni nada.

Comencé a avanzar a tientas, hacia donde intuía tenía que ir, porque ni siquiera había un camino, era a campo traviesa. Por suerte y tras un largo trayecto a ciegas, vislumbré a lo lejos una pequeña manchita rojiza, eran las brasas del bendito fogón de Julio!; allí sí le pegué derecho, no sin antes llevarme por delante varios obstáculos y un par de tropezones bien empapados. Tuve que cambiar de estrategia y salir hasta el anochecer, para no usar la única linterna que nos quedaba.

Seguía garuando todo el día y dominaban el paisaje acústico los “mugidos de terneros”, de unas Ranas trepadoras (*Phrynohyas venulosa*). Pasé el tiempo charlando con Julio de animales, plantas, costumbres y hasta de aparecidos y platos voladores, por lo menos ahí nunca vio ni pasó nada. Hacía salidas con medias, alpargatas y bombacha, e hice un chaleco con nylon, que resultó muy práctico y efectivo; aunque igual volvía empapado. No quedaba otra que caminar un rato, volver al fogón a secarse un poco y partir de nuevo; con esa temperatura y en actividad no se siente frío, aunque se tengan los pies empapados; pero sí al rato se ansía tener los pies secos al calor de las braciñas.

Junto con las mateadas, Julio me convidó charqui de Anta. Para hacerlo corta la carne bien finita, tipo milanesa, le pone sal y la cuelga sobre unos alambres a la intemperie y al sol, cuando están bien secos los guarda. Para comerlos asados, los golpea con una maza y los tira a la parrilla vuelta y vuelta, son deliciosos y parecen bizcochos. Comimos un par de veces también guiso de Anta que nos preparó Julio y estaba muy sabroso; el aspecto de la carne es como de vaca, más oscura y con sabor fuerte a plantas.

-Una partida con susto:

No paraba de llover, así que durante la comida con Aldo y Julio empezamos a estudiar cómo regresar, porque la cosa estaba fulera y Jaculica con tanta lluvia y barro ya no iba a venir (después nos enteramos que se había cortado el camino). Mientras cenamos, armamos el plan: partir a pie hasta la finca de Ortiz (unos 7 km) para ver si nos podían cruzar el Bermejo y tomar un vehículo del lado boliviano; allí nos enteramos que ella no había llevado el documento!.

El martes 23 llegó el momento del éxodo, no muy temprano armamos el bultaje. Para no cargar peso innecesario, al mediodía “incorporamos” la comida, nos despedimos de Julio y partimos. Yo cargaba un bolso azul de cuerina, una vieja mochila de lona, un bolso celeste mediano y el frasco de plástico con bichos, de unos 10kg.; todo tapado con un nylon como capa. Seguía nublado, con ganas de llover en cualquier momento y la temperatura de siempre, alrededor de 20°C.; por suerte durante el trayecto, hubo solamente algunas garúas cortas. Ellos llevaban una mochila cada uno, pero inmensas y pesadísimas; como su marcha era muy lenta, les avisé que yo iba a avanzar a mi tranco y los iba a ir esperando cada tanto, porque la marcha lenta me cansaba más. Fue el camino más pesado, húmedo, incómodo y matador de mi vida, estaba muy barroso, con muchas subidas y bajadas; tras cada curva o cuesta esperaba ver la finca y nada, se hacía interminable. Miles de sapitos cruzaban el camino y había huellas a montones, en un momento cruzamos tres caballos, así que creí que faltaba poco, pero nada, solamente más selva, garúa y barro.

De repente, el cagazo; me había adelantado bastante y tras un recodo del camino, de golpe me encuentro con tres tipos en short y ojotas, que llevaban grandes bultos de nylon negro en la cabeza, llenos de hojas de coca!. Frenaron, titubearon por la sorpresa y de golpe se mandaron por una picada al costado; no sé cómo hicieron porque era muy empinada y barrosa. No supe qué hacer, hasta que opté por seguir caminando como si nada y cuando pasé por la picada, levantando la mano dije a lo Alf: “no hay problema” y no me detuve ni a mirar. Luego apuré el paso y en la próxima curva paré; escondido entre los árboles, me quedé mirando para ver cómo llegaban mis compañeros. No les conté nada hasta el final, para evitar el pánico...porque a mí todavía me duraba el julepe, allí te das cuenta, cuán solito e indefenso, está uno por esos lados. El susto mío provenía de que en esos tiempos, esas zonas era muy “calientes” por el tema tráfico de drogas y habían ocurrido diversos episodios terribles y sangrientos (matanzas de gendarmes a machetazos, un botánico muerto porque vio o dijo algo que no debía, etc.), no era joda.

-Cruzando el Bermejo flotando:

Seguía el interminable periplo y cuando ya estaba al final de mis fuerzas, crucé un arroyo y allí apareció la finca. Eran como las tres de la tarde cuando encontré a don Carrizo, que conocí en lo de Jaculica, un día que pasaron a saludar en un alto de su travesía cazadora. Estaba transplantando plantines de cafeto; lo saludé y pregunté sobre los tipos que vi y si eran peligrosos, a lo que me dijo que no, “preguntan antes de pasar si anda gendarmería y nada más”; obviamente los pocos finqueros de la zona, prefieren ni meterse. Llegaron los otros dos, descansamos unos minutos y seguimos con Carlos, el hijo, hasta el “gomón”; fueron unos 2 km más, de un trayecto más barroso y pesado que todo el resto.

Tras una curva apareció el Bermejo, bien crecido, marrón y turbulento, ahí medio se me frunció. Carlos agarró el gomón (no era más que una cámara de camión inflada) y seguimos hasta un vado, donde el río estaba más ancho y no parecía tan bravo. El cruce era muy particular: de a uno nos sentábamos con el traste bien calzado en el hueco y los bultos abrazados sobre la panza, allí Carlos enganchaba un brazo al gomón y con el otro braceaba nadando frenéticamente, hasta cruzar al otro lado. Obviamente la corriente lo llevaba unos 30 metros más allá en la otra orilla, entonces regresaba y repetía el trabajo. Fui el primero en cruzar y cuando quedé solo, lloré de felicidad al sacarme tanta angustia, me sentía de vuelta en la civilización y cada vez más cerca de mi hogar. Aldo fue el último y aunque en ese momento confesó que no sabía nadar, cruzó bien y tranquilo. Comenzamos a buscar una chata, pero no había ninguna disponible, le di entonces a Carlos unos pesos, le agradecimos y nos dirigimos unos metros más arriba a la ruta.

-Una noche en Bolivia:

Allí era la “Panamericana”, en ese momento era de ripio y era totalmente distinto al lado argentino donde solamente había tres fincas y selva. En Bolivia había una chacrita al lado de la otra, muy prolijitas, con sus bananos, choclos, gallinas y en cada una, cosa que me sorprendió, su camioneta japonesa nueva. Hicimos dedo, aunque en realidad ellos están acostumbrados y prácticamente paran solos, cuando te ven al costado de la ruta.

Era un jeep Toyota con caja abierta, donde subimos los bultos y trepamos rápidamente; ya viajaba un hombre con un chanco. El tipo rajaba que daba miedo, pero el vehículo era impresionante, pasaba los barriales como si nada y con gran estabilidad, juntó tres personas más y llegamos a Bermejo, típico pueblo fronterizo comercial, lleno de puestos de venta de todo. Agradecí al chofer y nos dirigimos a un hotelito que nos recomendaron, el hotel Don Antonio, en realidad un hotelucho muy precario, pegado al cine, cuyas ventanillas de respiración dan al mismo y se escucha mucho bochinche.

Ellos estaban destruidos, así que se quedaron en la habitación y yo aproveché para comerme un bife con papas fritas. Me fui a dormir a la medianoche, ya había silencio total y me dormí. Al rato algo me despertó, nada en particular, algo; en eso encendí la luz y con sorpresa vi que las paredes claras, ahora eran oscuras y se movían!, estaban total y absolutamente cubiertas de cucarachas de todos colores, tamaños y formas, que se escondían haciendo un ruido impresionante; bichero como soy, lo mismo me ericé todo. Opté por no decir nada, para que no se despierten los otros, apagué la luz y seguí durmiendo vencido por el cansancio.

-Siguen los julepes, uno tras otro:

A la mañana siguiente, seguía lloviendo y teníamos que cruzar la frontera a Aguas Blancas, teniendo en cuenta que ella no tenía el documento!!!. Paramos y contratamos una rural taxi, cargamos y salimos. En la barrera boliviana ni bola, en la argentina bajé, mostré la nota con membrete del Museo y les conté la historia, de allí pase al puesto del “gendarme” donde repetí todo y pasamos.

Unos 50m más adelante venía el control, allí de vuelta repetir todo con el agregado de que tuve que pagar la “fumigación”, \$5 para que te echen un desinfectante a las gomas del vehículo como prevención del cólera (un curro, porque uno claramente podía pasar ya con cagadera y sin problemas!!!). Cuando salía de la oficina, estaban revisando someramente el equipaje de mano, se me acercó un gendarme a preguntar si habíamos contratado o parado al taxi y se quedaron con él, se ve que había querido pasar “algo”. Menos mal que de vuelta, no nos pidieron los documentos...Por fin pasamos sin más contratiempos y llegamos a la Terminal, el micro salía a eso de las 16 a Pichanal, donde combinaba a las 19 con el micro a Bs.As.

Nos armamos de paciencia y esperamos; muchas moscas y gente que viene y va; el “tano” que vende comida en un carrito, le tiene bolsas y cosas a las “pasadoras”, mujeres que tradicionalmente van y vienen pasando contrabando hormiga. Llega el micro y partimos; pasando Orán había un puesto caminero donde había que bajar con todo los bultos para revisión, en una mesa al costado del camino; muestro la nota y el tarro, con bichos ante todo y nos deja pasar sin revisar el resto. Seguimos zafando del documento...El tiempo estaba mejorando y había un lindo solcito.

Bajamos en Pichanal para esperar el trasbordo y nos metimos en un bar a tomar algo, en eso aparecen varios gendarmes rodean el lugar, entran tres y uno de alto rango nos pide “documentos”, para qué!. Por suerte, sin perder la calma empecé mostrando la nota con membrete y los tachos con bichos, abrimos mochilas, revolvimos la ropa y cuando se cansaron de oler mugre de campamento, la cosa se distendió y nos pusimos a charlar; ya como “chanchos”, le regalé el sombrero a uno y se fueron. Menos mal que se olvidaron de pedirnos los documentos personales!!!.

Pasado el susto, entra un viejo puteándolos y diciendo “estos los vinieron siguiendo en dos autos “, que confirmó lo que yo estaba pensando: cuando en Orán nos dejaron pasar sin revisar bultos, a algún superior le pareció raro e incluso más rara le habrá parecido la explicación que dio el gendarme sobre los tachos con “bichos”.

Pasado el momento de nerviosismo, llegó el micro atrasado y partimos, rogando salir de una vez por todas de “esta puta zona de frontera”! Pero en el límite Salta- Tucumán hubo otro control, aunque por suerte revisaban a los bolivianos que habían subido en Pocitos.

Me dormí ya relajado y me desperté a las 8,30 en Ceres, donde desayunamos en el parador; luego seguimos, vimos la película Quo vadis y no sé por qué causa, nos desviamos y paramos a almorzar en Rosario (todas las comidas incluidas en el pasaje de La Veloz del Norte). Dormitando llegamos a Bs. As. a las 19, despedida y libertad. Un viaje interminable y con tantas experiencias fuertes a repetición, que me agotaron!